

clase de crítica, es sencillamente absurdo. Toda actividad tiene un modo bueno de cumplirse y otro malo; el bueno es el conforme al fin de esa actividad, y para conseguirlo no hay más remedio que aplicar el medio adecuado; y esto solo se logra por la habilidad que obedece á una aptitud y á una regla; la aptitud está en el artista, la regla se la recuerda el crítico, si el otro la olvida ó la desprecia ó no sabe aplicarla.— Decir que ya no hay *reglas* y sostener que todavía hay arte es un contrasentido. Se confunde por muchos la necesidad general de la regla con las *malas* reglas históricas, ó con las que fueron buenas para tales circunstancias y ya no lo son para otras. Supongamos, por un momento solo, que la estética actual fuera una verdadera anarquía, una confusión, pasto del escepticismo; todo esto nos haría creer que hoy no se conocía la *regla* verdadera, pero no que esta no exista. Como existe la justicia, aunque la filosofía del derecho ande tan á ciegas como dicen algunos que anda. La rea-

lidad no deja de ser lo que es, porque nosotros tengamos de ella peor ó mejor conocimiento. Cabe siempre decir: se equivocó este ó el otro crítico, pero no cabe decir: ya no hay crítica, es decir *crítica* que juzga, que aplica reglas á resultados artísticos para compararlos con ellas. Reconocido esto, no hay inconveniente en admitir todas esas clases de crítica... que indirectamente se refieren al arte. Estudiar la influencia del público, del *medio*, etc., etc., en los autores, es legítimo; analizar las ideas y sentimientos que debieron de presidir á la realización del producto literario, es bueno y siempre oportuno; atender á la influencia de los organismos sociales en la forma de las literaturas (literatura de clase, tribu, ciudad, clan, raza, etc.), santo y bueno; escudriñar las causas y los efectos morales de la vida literaria, ¿porqué no? relacionar el arte con el movimiento de la vida jurídica, particularmente en su aspecto político, labor excelente; examinar los elementos fisiológicos, los temperamentos, sus decadencias y em-

pobrecimientos, en la vida y obras de los artistas, enhorabuena. Pero es preciso confesar que ninguna de esas es la crítica *inmediatamente* literaria, ni en general artística, ni ahora ni nunca; sino crítica etnológica, antropológica, sociológica, política, ética, etc., en *su relación* estética y particularmente literaria.

Esto no es cuestión de moda; es así eternamente, porque es racional, porque va implícito en los mismos términos que usamos al nombrar la cosa: *crítica literaria*. Cuando mi buen amigo el muy discreto y justo crítico de Barcelona, Sr. Ixart, en un trabajo reciente acerca de la crítica moderna, me alude diciendo que yo soy partidario de que se vuelva á la crítica artística; á la que atiende á la belleza de la obra, tiene razón sin duda, porque así pienso; pero es necesario hacer esta aclaración: yo no pido reacciones, saltos atrás; reconozco la legitimidad de casi todo cuanto se ha hecho en esos otros modos de crítica; yo he cultivado y cultivo, humildemente, alguno

de ellos; es más, veo que en la práctica, en estos tiempos en que todos somos un poco hombres de Estado, y otro poco teólogos, etcétera etc., sin poder y aun sin querer remediarlo, hasta en los escritos de crítica pura se deslizan elementos de esas otras clases de crítica indirectamente literaria... pero no se mezclan con la crítica pura misma (que entonces no fuera *pura*) sino que van junto á ella como cuerpos extraños, de fácil distinción. No está el mal en que en un mismo artículo el escritor pueda ser crítico *propiamente tal*, y también sociólogo, moralista, etc.; el mal está en hacerse pasar por *crítico literario* en el momento en que se está siendo teólogo, moralista, fisiólogo ó lo que fuese. La famosa queja de Flaubert que yo he citado en otro libro, y que después ví con tanto gusto citada también por Guyau, será justa eternamente.

*
* *

Pues ahora bien; entre las maneras varias de la crítica *directamente literaria*, está sin duda la que yo me atrevo á llamar en broma, por lo que respecta á los epítetos, pero en serio por lo que toca al fondo, la crítica... higiénica... y *policiaca* (1). Me explicaré.

Crítica higiénica y *policiaca* fue la que ejerció Boileau combatiendo el mal gusto y los adesios, en forma que no sólo dejara sentada la que él entendía ser buena doctrina, sino que tuviera una eficacia práctica, directa, del momento, sobre la vida actual de las letras en su país, mediante alusiones satíricas, y otros recursos legítimos, que trascendían de la pura especulación crítica, de la abstracción retórica para llegar al amor propio de quien merecía el castigo de malas obras. Perseguir el pecado y olvidar al pecador es muy santo y bueno cuando se trata de pura predicación moral; pero preguntadle al director de almas si

(1) *Policiaco* no lo admite el Diccionario de la Academia; por eso va subrayado.

para conseguir frutos de provecho no necesita él pensar en el pecador, este ó el otro, un *individuo* precisamente, tanto como en el pecado mismo.—¿Qué se diría del Estado que se contentara con *predicar* sus leyes y no tomara medidas para asegurar su eficacia?

Si se me dice que de todos los modos de crítica este que hace de ella un negociado de higiene y de policía es el más enojoso, el de menos brillo y más disgustos para quien se emplea en tal oficio, declaro que pienso lo mismo; pero también creo que es de mucha utilidad, particularmente en países como el nuestro, donde la decadencia de toda educación espiritual, del gusto y hasta del juicio, á cada momento nos empuja hacia los abismos de lo ridículo, ó de lo bárbaro, ó de lo bajo y grosero, ó simplemente de lo tonto. Recordó que Sainte Beuve, al defender ciertas instituciones y costumbres sociales, que en su concepto conservaban el buen tono de las letras y de la general cultura, advertía á sus lectores que nues-

tra civilización es todavía cosa bastante superficial; que el hombre grosero en gustos é instintos pronto aparecía en nosotros á poco que se escarbara, y que las ventajas de la buena crianza moderna solo se mantenían con esfuerzo y constante vigilancia. En España estamos ó están muchos, despreciando los pocos elementos de verdadera cultura que tenemos; personas que hasta se tienen por hombres de Estado, desdeñan el tratar con sinceridad y seriedad completa los asuntos ideales y estéticos; y así, por ejemplo, profesan una religión en que no creen, ó se declaran apóstoles de un radicalismo de cuya eficacia dudan; ó alaban públicamente talentos y obras de arte que en el fondo desprecian; desdeñan las reglas pedagógicas en que fingen creer; se abstienen de llevar los gastos del Estado por el camino del fomento intelectual que proclaman, teóricamente, indispensable; y con todo esto, la marea sube, cada vez se piensa y se lee y se siente menos; se vejeta, se olvida la idealidad, se abandona la tribuna y la

prensa á los ignorantes, audaces é inexpertos... y se aplaude lo malo, si intriga; y se crean reputaciones absurdas en pocos días; y es inútil trabajar en serio, ahondar pensando, ofrecer la delicadeza y el sentimiento en el arte. Nadie ve, nadie oye, nadie entiende nada; y los que pudieran ver, oír y entender, se cruzan de brazos, se rien, como si fuese baladí todo esto. ¡Baladí, y esa marea que sube es la de la barbarie!

El que ame un poco á su país y ame la propia vocación ¿cómo ha de abstenerse de procurar en el terreno propio de esta vocación, enmienda á tanto mal, dique á inundación tamaña? Mi afición principal está en las letras, y, desde hace muy cerca de 20 años, burla burlando procuro ir contra la corriente que nos lleva á la perdición, tal vez dejándome arrastrar á veces, por más no poder, pero volviendo á luchar siempre que tengo fuerzas. Bien puedo decir que cuando más lucho es cuando escribo estos *paliques* que algunos desprecian, aun apreciándome á mí por otros conceptos; estos paliques que

muchos tachan de frívolos, malévolos, inútiles para la literatura. Son inútiles por la pobreza de mis facultades, no por la intención, no por la naturaleza del género. Son crítica *higiénica* y de *policia*; son crítica aplicada á una realidad histórica que se quiere mejorar, conducir por buen camino. Así, hay ciertas reglas generales de conducta literaria que aquí no son aplicables, por excepción. Se dice con razón en general: la crítica debe estudiar lo bueno para ayudar á perpetuarlo; lo malo sólo merece olvido; ya se morirá por su propia inercia. En España, hoy, no hay tal; no rige eso. Aquí lo malo prospera, sube, florece, ahoga lo bueno, lo acoquina si se le deja. ¡Qué de famas irritantes, de escritores hueros, necios, vulgarísimos no ha habido que combatir, como quien apaga un incendio, durante estos veinte años! Si yo sacara á relucir aquí ciertos nombres y repitiera lo que hace doce y quince años hubo que decir para negar que aquellos hombres fueran génios ni siquiera escritores de talento!

Entonces sonaba á paradoja, á afán de distinguirse, á deseo de mostrar gusto difícil y descontentadizo lo que hoy ya parece vulgar de puro corriente y admitido. Los jóvenes de hoy aficionados á las letras no pueden figurarse qué trabajo costó convencer á críticos y gacetilleros de que no venían á salvar el teatro, ó la lírica, ó la novela adocenados autores que ahora no sueñan á nada, pero que entonces se quiso colocar en el séptimo cielo. Críticos de cierta autoridad (que á su vez pasaban por eminentes sin serlo) veían, por ejemplo, el sol que nace, el genio que aparece en... el señor Cavestany, por su obra *El esclavo de su culpa*, que es un ensayo de colegio, lleno de ripios y vulgaridades.

Un Sr. Sánchez de Castro, que escribía dramas visigodos, también era sol; y Fernández Bremón, discreto revistero y gracioso inventor de cuentecillos, tenía *noches de gloria* como... ¡autor dramático! El señor *Shaw* iba á ser un Musset, en creciendo; Ferrari y Velarde ya lo eran... Pero, ¿á qué

voy tan lejos? No está más reciente el ejemplo de *Pequeñeces*? ¿No consiguió la estupidez entusiasmada que al muy discreto Padre Coloma, por excesiva reacción, algunos hombres de talento le negaran el positivo valor que tiene, le trataran con injusticia, por oponerse al torrente de la necedad boquiabierta que veía en «Pequeñeces» *mal año* para Balzac, y otros desatinos?

Y en tierra en que esto pasa ¿no ha de ser necesaria la crítica higiénica y de policía?

Y la policía ya se sabe que no consiste sólo en perseguir á los malhechores, sino en proteger á las personas honradas. Aquí no sólo hay que atacar á los malos escritores, sino que también es necesario *defender*, no sólo juzgar, á los buenos. ¿Qué pasó poco tiempo hace con Echegaray y Galdós enfrente de la crítica menuda de teatros?

Que luchando por esta causa hay que perder amigos, ya lo sé; que el medro de la propia fama no se consigue por este camino, por experiencia lo voy aprendiendo; pero, ¿qué importa?

Como en España los hombres de mérito, que consiguen legítimos triunfos en las letras, nunca *descienden* á la crítica, á la de actualidad á lo menos, y, fuera de honrosas excepciones, la sección de bibliografía y cosas semejantes está encargada en los periódicos á quien vale poco, aunque pretenda mucho, resulta que el crítico *policia* podrá tener en su casa cartas muy lisonjeras de los buenos escritores, pero los que manejan las *trompetas* de la publicidad serán personalmente sus enemigos, más ó menos descubiertos; y, lo que es en los papeles públicos, cosechará, por los vientos que ha sembrado, desdeños, olvidos, pretericiones y frialdades cuando no descarados insultos. Yo, por ejemplo, porque no hay para qué abstenerse de citar con vivos, tengo contra mí la prensa *neocatólica*, la prensa *académica*, la prensa *librepensadora* de escalera abajo, parte de la juventud *ultrareformista*, la crítica teatral gacetillera... y en cambio tengo los cajones de mi mesa llenos de cartas cariñosas de ilustres académicos, de

grandes novelistas críticos y poetas... pero todo ello manuscrito.

Guiándose por estas señales, acaso, el famoso Gubernatis, autor de un conocido diccionario biográfico de escritores contemporáneos, no pudo averiguar respecto de mi insignificante persona cosa de más provecho que esta: que tengo muchos enemigos. Verdades; y siendo como son, Dios me los aumente.

Pero tales contrariedades valen poco para el verdadero amante de las letras que ha llegado á cierta edad, que es como llegar á cierto desencanto.

Otro inconveniente, y más grave, de la crítica *policíaca*, es este: que en ella hay que mezclar con las grandes ideas y los grandes nombres pequñeces transitorias de la vida diaria; siendo crítica del momento, ó mejor, para el momento, le pasa algo de lo que les pasa á las discusiones políticas, que el interés que tienen en su actualidad está en razón inversa de la duración de este interés.

Yo sé de quien se abstiene de intervenir en la crítica corriente, higiénica, por este motivo, porque está fabricándose su rincón de *inmortalidad*, trabajando á destajo para la *posteridad*, y no quiere contaminarse con las minucias del pan nuestro de cada día. Quien así procede no recuerda cierta idea y cierta imagen de Renan que vienen muy á cuento: se dirige á los que con tal esmero cuidan de su fama futura y les dice que no pasten la hierba tan de raíz, que no apliquen los dientes tan cerca de la tierra... Es necesario dejar algo al azar en esto del renombre; tiene su gracia cierto natural descuido en este punto. Generalmente, los hombres que hoy más admiramos ganaron la inmortalidad pensando mucho en su tiempo, en sus cosas, y no tanto en lo que dirían de ellos los venideros. Dante y Shakespeare, sobre todo éste, me parecen buenos ejemplos. Tampoco lo es malo nuestro Lope. Si los que pudiendo prestar buenos servicios á la crítica de lo presente, no lo hacen por escrúpulos de posteridad, medi-

taran lo que acabo de decir, acaso vendrían á ayudarnos, y aun á dirigirnos, á los que, seguros de ser *efímeras*, y como el heno á la mañana verde, hablamos con todo desahogo de cosas tan transitorias como el crédito del P. Blanco, el *historiador* de nuestra literatura del siglo XIX, y *La Dolores* del Sr. Codina.

Sin embargo, como lo poco que uno vive es natural que quiera vivirlo bien, yo declaro que si viese tan grave daño en tener que tratar de asuntos pasajeros, me dolería mucho la ingrata tarea. Pero no hay tal. Lo que es muy de su tiempo, aunque dure poco, es lo que mejor sirve para ponerlo en conserva... histórica. Hay días, hay horas en los anales del mundo que valen por siglos. Además, como recuerdo de un tiempo, de un orden de sucesos, de un tipo de raza, de costumbres, de ideas, etcétera, etc., no se prefiere lo que ofrece longevidad, sino lo que ofrece *carácter*. No es el mejor tipo de una raza, por ejemplo, el que más duró, sino el que reúne en mejor

proporción sus principales caracteres. Pues bueno; en esta crítica... aplicada, en que van mezclados con la pura literatura los *escombros* de las cosas extra-artísticas en que los fenómenos artísticos que se estudian se produjeron, puede haber señales de los tiempos, caracteres típicos que más adelante acaso tengan un valor que hoy no conocemos, porque no nos colocamos respecto de ellos en el punto de vista arqueológico. Un ejemplo: las obras de Herondas ó Herodas recientemente descubiertas, acaso valen, para la historia literaria de Grecia, sobre todo por los elementos *extra artísticos* que á ellas vienen pegados, gracias á su realismo popular principalmente...

Estos *paliques* míos pueden ser descubiertos dentro de siglos en cualquier desván ó bajo tierra; en suponerlo no hay vanidad alguna, pues por poco que valgan valdrán tanto como un puchero roto, de esos que después de siglos se desentierran y valen á su modo. Tal vez entonces tengan estas menudencias de que yo hablo un

valor arqueológico que ahora no podemos ni imaginar siquiera.

¿Quién me dice á mí que allá, en el siglo no sé cuántos, cuando los viajeros de Australia de que nos habla Macaulay, se paren frente las ruínas del San Pablo de Londres, no ha de haber una acalorada discusión entre los sabios acerca de si la orden de San Agustín pudo en época alguna, por decadente que fuera, admitir en su seno tan disparatados poetas como el P. Muiños y tan injustos, envidiosos y vengativos historiadores como el P. Blanco? Y descubiertos mis paliques se verá que sí: que vive Dios que pudo ser.

Para terminar: confieso que si yo mirase mi vida literaria en la perspectiva en que algunos amigos míos y condiscípulos miran su carrera de ministros ó de... académicos, me abstendría de publicar este libro titulado *Paliques*; porque representa, en apariencia, un *salto atrás*; vuelvo en él á ser el Clarín que algunos no quieren que exista... Pero yo me entiendo: y unas veces

salto atrás y otras adelante, como un bombero en un tejado, que unas veces salta adelante para apagar el fuego, y otras veces salta atrás para no quemarse. Ni el bombero ni yo miramos nuestro oficio como los juegos del Circo. Ni el mundo es una pista, ni el fin de la vida *ganar un premio*.